

January 2012

Meditación cristiana de fin de año

José María Siciliani Barraza

Universidad de La Salle, Bogotá, jsiciliani@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Siciliani Barraza, J. M. (2012). Meditación cristiana de fin de año. *Revista de la Universidad de La Salle*, (59), 13-26.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Meditación cristiana de fin de año

José María Siciliani Barraza*

■ Resumen

En tiempos de vacaciones navideñas y de fin de año hay un poco más de tiempo para la reflexión. En todo caso el tiempo lo impone: llega navidad, se termina un año y comienza otro. Este artículo pretende propiciar una reflexión para esta época: reflexión abierta que, aunque inspirada en la fe, pretende cuestionar algunas de sus desviaciones y presentar alternativas. Con ella se quiere despertar en los corazones el aliento por la lucha esperanzada. Se comienza con una invitación a la gratitud: sin ella la esperanza perdería su sabor de sorpresa, porque todo quedaría sumergido en el mérito. Luego se plantea la necesidad de gestionar la vida con inteligencia espiritual, terminando con la capacidad de pensar el dolor como un aspecto ineludible que no puede derrotar el sentido de la vida, sobre todo en aquellos que afirman confiar en Dios.

Palabras clave: gratitud, esperanza, sentido, sufrimiento, Dios, fe.

* Licenciado en Filosofía y Teología de la Universidad de San Buenaventura de Bogotá. Magíster en Teología con énfasis en Pastoral Catequética del Instituto Católico de París. Doctor en Teología del Instituto Católico de París. Doctor en Estudios Medievales de la Universidad de París-Sorbona (París IV). Profesor Asociado de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de La Salle. Correo electrónico: jsiciliani@unisalle.edu.co.

El fin del segundo semestre y el fin del año son tiempos propicios para hacer un alto en el camino. De hecho, la “distancia” con respecto al ajetreo diario que permite tomar el descanso de navidad y año nuevo es una ocasión propicia que, de alguna u otra forma, inclina a toda persona a repensar un poco su vida, a meditar en lo que hizo durante el año que está terminando y a proyectar el que viene. Siempre con sueños incumplidos, esperanzas fallidas, pero también con realizaciones que llenan el corazón de gratitud con la vida o con Dios, a quién se tiene como fuente de todo bien. A pesar de los fracasos y de las insatisfacciones vividas, se mantiene una voluntad inquebrantable de seguir adelante, no dejando que el sin sentido se apodere de la vida y que sea siempre la esperanza el faro que oriente el tráfico de cada día que pronto reiniciará.

Estas reflexiones que siguen quieren contribuir con ese espíritu de meditación de fin de año. Cualquier luz que se reciba en esta época sobre el sentido de la vida y la esperanza no pueden ser sino bienvenidas, ya que a todos acecha la tentación de desaliento o la banalización de los acontecimientos, que impiden percibir la profundidad o densidad de nuestra vida cotidiana. Y navidad y año nuevo, justamente por el justo y merecido *relax* que propician, pueden desembocar en un *divertissement* distractor que hace perder una oportunidad de revisión serena de los proyectos y de fortalecimiento de las ilusiones más hondas del corazón.

Las líneas que siguen se inspiran fundamentalmente en la fe religiosa, concretamente en la confianza en el proyecto de Jesús, pero al mismo tiempo están escritas en una tonalidad que puede ser escuchada incluso por aquellos o aquellas que no profesan ninguna fe; por aquellos(as) que humanamente encuentran sentido a sus vidas sin necesidad de recurrir a ningún credo religioso, pero que se abren a una alteridad: la que viene de la vida, la que viene de los otros, del cosmos o de la sorpresa incontrolable de lo gratuito e inmerecido. La meditación está dividida en tres secciones. La primera parte invita a la gratitud. La segunda propone pensar la vida como una administración responsable de los talentos que Dios brinda. Allí se dan dos claves para gestionar la existencia según el proyecto de Jesús: revisar la idea de Dios y vivir la esperanza. La tercera se interroga sobre los obstáculos, en particular sobre el sufrimiento, como parte ineludible de la existencia, con el que hay que contar si no se quiere

confundir la esperanza con el ingenuo y perverso “sueño de omnipotencia infantil” (Freud).

La gratitud

*Si la única oración que digo
es 'Gracias'... es suficiente.
M. Eckhart*

Estamos terminando un año y hay que agradecer. ¿Por qué? ¿Qué nos mueve a dar gracias a la vida o a Dios? Los creyentes podemos decir que hemos empezado a entrar en una profunda vida cristiana cuando comenzamos a sentir que “todo es gracia”, que estamos en las manos de Dios y que su amor se interesa por nosotros en cada uno de los instantes de nuestra vida. El año que está terminando fue una ocasión para Dios de ocuparse de cada uno de nuestros cabellos. Aunque nos parezca increíble, Dios no nos ha abandonado un instante. La Sagrada Escritura, por boca del mismo Jesús, nos recuerda: “Hasta los cabellos de sus cabezas están contados”. Como Jesús, nuestra respuesta al amor de Dios no puede ser otra sino la acción de gracias. Si sabemos reconocer que todo es una bendición de Dios, entonces podremos dejar estallar en nuestros labios una oración agradecida como la de Jesús: “Señor del Cielo y de la Tierra, te doy gracias porque has revelado estas cosas a los pequeños” (Lc 10, 21).

Si creyéramos en nuestro corazón que no estamos en deuda con Dios, no seríamos cristianos, no habríamos comenzado a comprender el evangelio. Creer que no estamos en deuda con nadie ni con Dios es un error. Los ingratos no pueden reconocer que dependen de Dios y de los otros. Según ellos, dar gracias es admitir que algo podría ser un don no merecido, y eso sería reconocer que uno podría depender de otra persona. Pero, en la fe cristiana, aceptar esa dependencia de Dios, e incluso de los otros, es algo fundamental: no podemos ser autosuficientes. Realmente necesitamos de los demás. Y que quede claro que aquí la palabra dependencia no significa esclavitud o control, significa el humilde reconocimiento según el cual existimos y vivimos gracias a Dios y a muchas personas. Por eso somos capaces de la gratitud, de reconocimiento.

La persona con un corazón agradecido aprecia la gratitud de todo en la vida. No da nada por descontado. Mi propia existencia es un don. Yo no me he creado a mí mismo. No hay forma alguna de que yo haya podido ganar, merecer o ser digno de mi existencia humana. Todo lo que tengo es un don. Los demás son bendiciones para mí, aunque a veces no lo parezca ('no hay mal que por bien no venga', decimos). 'Ser un santo', dice Ronald Rolheiser, 'es vivir movido por la gratitud, ni más ni menos'. Y según Gustavo Gutiérrez, teólogo de la liberación, sólo hay una clase de persona que transforma el mundo espiritualmente: quien tiene un corazón agradecido (A. Nolan, *Jesús hoy. Una espiritualidad de libertad radical*).

Los días del descanso del fin de año son momento propicio para hacer algo que ojalá practicáramos todos los días: dar gracias. Si contáramos nuestros dones no terminaríamos. Generalmente tenemos una larga lista de quejas y peticiones y una lista corta de motivos de agradecimiento. Y el único camino para crecer en la gratitud es practicar diariamente la oración de acción de gracias, por cada detalle, por los alimentos, por el trabajo, por nuestros ojos, por el aire, por las personas que nos aman, por la fe, por la vida, por el amor, incluso por las dificultades, que han fortalecido nuestro espíritu. Todo es gracia. Pero la prueba de la verdadera gratitud no es el dar gracias por lo que yo tengo, aunque me desentienda de la situación de los otros. La verdadera gratitud ante Dios está en dar gracias por los dones que han alcanzado los otros y que yo no tengo.

Si mi corazón es agradecido, dará gracias a Dios por *todo* lo que es bueno en mi vida o en las vidas de otros. Podría ser difícil dar gracias a Dios por la buena suerte de otros que tienen dones y amigos que yo no tengo y alcanzan logros que yo no alcanzo; pero ésta es la prueba del auténtico agradecimiento. Todo lo demás es envidia y celos. ¡Con qué facilidad damos gracias a Dios por lo que tenemos, a la vez que envidiamos a otros que tienen más o que tienen algunas de las cosas que nosotros queremos...! Y cuando se prefiere a otro y no a mí, ¡qué fácilmente me siento celoso, en vez de dar gracias a Dios porque esa otra persona es ahora amada y apoyada...! Un corazón verdaderamente agradecido se alegra por la buena suerte de todas y cada una de las personas (Ídem).

Y ¿qué tal si fuéramos capaces de dar gracias por el bien común? ¿Qué tal si fuéramos capaces de dar gracias por lo que es provechoso para todos? ¿Qué

sucedería si supiéramos dar gracias por lo que podemos aprender de otros que no son de nuestra cultura, de nuestra religión, de nuestra mentalidad? Son algunos de los desafíos que quedan de esta actitud fundamental que es la gratitud. En todo caso, recordemos, para terminar esta primera parte, que Dios mismo es gratuito, aunque no es superfluo. Aprovechemos unos instantes para dar gracias a Dios. Escojamos algunos acontecimientos y situaciones precisas de este año y digamos en nuestro interior ante Dios: “Gracias Señor por tal situación... gracias Señor por...”.

Algunas claves para administrar cristianamente la vida

La visión de Dios que nos orienta

Como lo hace hoy cualquier empresa, podemos empezar por definir cuál es nuestra visión como creyentes. También habría que definir la misión, las estrategias, la evaluación de nuestra vida espiritual. Pero por ahora detengámonos en la visión. ¿Qué visión tenemos los cristianos de la vida? ¿Cómo nos vemos a nosotros mismos y qué esperamos de nuestra existencia? El asunto es complejo y no podremos en absoluto resolverlo en unas líneas de esta meditación. Pero la forma de abordarlo nos puede iniciar en un camino de reflexión que podremos continuar a lo largo del año.

Lo primero —y lo único en esta meditación— que incluimos en nuestra visión es nuestra manera de entender a Dios. Lo más importante para nosotros es Dios. ¿Y quién es Dios para nosotros? ¿Qué rasgos caracterizan a nuestro Dios? Esto es muy importante porque de la manera de entender a Dios depende nuestra forma de administrar la vida. Así como una empresa, cualquiera que sea, depende de la manera de definirse o de entender sus proyectos, de conceptualizar su identidad. Porque la visión es como el apellido que nos damos a nosotros mismos.

En todo caso, la principal definición de Dios, si es que se puede encontrar alguna en la Biblia, —ya que Dios está por encima o más allá de todo concepto— es esta: “Dios es amor”. Para los creyentes no hay otra forma mejor de hablar de Dios que esa. Desafortunadamente no hemos profundizado mucho

en esto. Y confundimos a Dios con un Juez Vigilante; confundimos a Dios con un "Tío Rico"; confundimos a Dios con un vengador que castiga enviando enfermedades; confundimos a Dios con "un abuelito alcahueta" que no exige nada y al cual podemos manipular; confundimos a Dios con un "papá" todopoderoso e infantilizador que nos dispensa de construir libremente nuestra vida; que nos exonera del duro combate de la libertad; confundimos a Dios con un mago que resuelve nuestros problemas sin nuestra colaboración; confundimos a Dios con un dictador que nos impide pensar; como si la fe fuera una renuncia a la inteligencia. Mezclamos a Dios de forma interesada con la política, y nos inventamos una religiosidad que sirve para manipular al pueblo, para explotar y para adormecer a la gente.

Muchos estudiosos de la religión afirman que lo más difícil de la fe es abandonar las propias ideas de Dios para dejarse hablar por el Dios verdadero que siempre desconcierta; que siempre está más allá de nuestros cálculos egoístas y de nuestros mezquinos pensamientos. Pero el Dios que nos enseñó Jesucristo es el otro Dios. El Dios que se manifiesta en la Cruz desbarata nuestras ideas falsas o comodonas sobre un dios manipulador, intimidador, aplastante. Más bien nuestro Dios cristiano es un Dios aplastado, que padece la manipulación de los poderosos que acaban por crucificarlo para quitarlo de en medio. Lejos de ser un Dios que intimida e impone, es un Dios al que le impusieron una trágica muerte los seres humanos.

¿Quién es Dios para mí? ¿Qué visión tengo de Jesús? ¿Qué es el evangelio para mí? ¿Qué significa para mí la Iglesia? ¿Qué es y qué representa la fe? ¿En qué consiste su poder? Son preguntas que quedan en el tintero, para nutrir la reflexión a lo largo del año. En todo caso, si no clarificamos cada vez más nuestra imagen de Dios, no podremos administrar nuestra vida espiritual con inteligencia y sabiduría. Hablemos ahora de las estrategias y pensemos en esto: ¿Quién es Dios para mí? ¿Cómo lo he conocido? ¿Cómo lo puedo conocer más y mejor? ¿Cómo me podría encontrar más con él? Qué debo hacer para abrirme más a su luz maravillosa, puesto que Él mismo ha dicho por boca de su Hijo Jesús: "En esto consiste la vida eterna: en que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a Jesucristo, tu enviado" (Jn 17, 3).

Las estrategias de la espiritualidad cristiana: la esperanza

*No hay y no habrá ningún poder
humano o satánico
que pueda oponerse a la esperanza del creyente.
(U. Ecco / C. M. Martini)¹*

En términos de san Pablo en la carta a los Efesios, podemos hablar, con un lenguaje cristiano, de las armas de la vida espiritual. Yo creo que entre las infinitas armas que Dios nos brinda para administrar nuestra vida cristiana según el espíritu del Evangelio está en primer lugar la esperanza. Porque vivimos en tiempos de “pensamiento único”; vivimos en tiempos en que la efervescencia del cambio ha dado lugar a una desvencijada resignación y a un desastroso fatalismo que nos hacen pesimistas y anticristianos.

La esperanza cristiana no es solo optimismo psicológico; la esperanza cristiana no es solo un talante natural que se condensaría en el pensamiento positivo. Todo eso es muy bueno: ser optimista; guardar una actitud y una mentalidad positiva ante la vida. Pero en la fe cristiana, sin que se oponga a estos valores humanos, hay algo particular sobre lo que ella reposa, y por eso los creyentes llamamos a la esperanza una virtud teologal: la magnanimidad de Dios. Dicho de otro modo, la confianza que Dios tiene en cada uno de nosotros como sus Hijos, ahí reposa la esperanza. La esperanza conduce a: “no presentar nunca la situación de alguien como bloqueada y sin salida. Cualquiera que sea”. La esperanza supera “una pastoral del perdón y de la misericordia que no bastan. Porque es necesaria una pastoral contra la desesperanza y contra la desesperación, porque allí está el mal de los males. No poner nunca una persona en situación de miedo, porque el miedo bloquea todo” (Gesché, *Le mal et la lumière*, p. 143). La esperanza cristiana es capaz de todo esto porque ha aprendido que Dios no quiere que se pierda ninguno de sus hijos. Dios no desespera de ninguna situación y de ninguna persona. El Dios de los cristianos es capaz de sacar vida de la Cruz; el Dios de los cristianos es capaz de producir

¹ Citado por Gesché, *Le mal et la lumière*, p. 141.

vida en el vientre de una anciana como Santa Isabel, de la que ya no se podía esperar un bebé por causa de su ancianidad.

La esperanza cristiana se funda en Dios capaz de la más radical novedad. Si no creemos que lo nuevo es posible, tampoco hemos comenzado a comprender el evangelio, a pesar de que tengamos diez, veinte, treinta o sesenta años de bautizados. En el régimen cristiano, que nos alienta a la esperanza definitiva en Dios, todo es recuperable, porque nada ha llegado aún a su perfección.

Si unas líneas más arriba se señalaron algunas deformaciones de Dios, aquí, al hacer referencia a la esperanza cristiana fundada en Dios, es útil subrayar una diferencia importante entre el Dios cristiano y el dios de los paganos, especialmente los dioses griegos. Y se podría decir en estos términos: "Su libertad con respecto al destino" es lo propio del Dios que nos enseñó Jesús. Recordemos que en la mitología griega los dioses (Zeus, Afrodita, Poseidón) estaban sometidos ellos mismos al destino y por lo mismo eran incapaces de salvar. El destino condenaba fatalmente tanto a hombres como a dioses. El Dios cristiano rompe con el fatalismo del pecado, de la muerte, de la enfermedad, del fracaso, del sinsentido. Al salir victorioso de la muerte abrió las puertas de la esperanza. Al integrar a los pobres y enfermos a la vida social, Jesús restablecía la esperanza para muchos excluidos de su cultura y de la religión de su tiempo. Por eso la esperanza cristiana permite decir a alguien: "Tú no eres un ladrón, todo puede ser retomado, renovado; todo puede recomenzar en tu vida". Ya el viejo Aristóteles lo decía, "Uno no es un ladrón, incluso si ha robado" (Aristóteles, *Ética* a Nicómaco, I 134 a 21).

Los obstáculos que nos impiden administrar cristianamente la vida

El sufrimiento

*Nosotros no somos liberados del mal
sino de su tiranía.
Gesché².*

² *Le mal et la lumière*, p. 140.

A veces creemos que tenemos que ser salvados de nuestro inacabamiento. En realidad somos seres en camino, somos, como lo dijera ya San Buenaventura en la Edad Media, *homo viator*, hombres y mujeres caminantes; construimos nuestra vida poco a poco y nadie tiene que lamentarse de esta situación de peregrino. Si estamos en camino es porque aún no hemos llegado. Si estamos en camino es porque estamos en proceso de construcción. De lo que tenemos que ser salvados no es, pues, de nuestra imperfección humana, sino de los obstáculos que nos impiden avanzar hacia la perfección que Dios nos pide: la del amor. De lo que tenemos que ser salvados es de las barreras que nos permiten realizarnos.

La esperanza cristiana, de la que se han esbozado algunas rasgos, engendra en una actitud ante los obstáculos: en lugar de atormentarnos sin cesar sobre las faltas que hemos cometido, ella nos impulsa a aplicar la fuerza del alma —dedicada a la autoacusación— a la acción que estamos destinados a realizar sobre el mundo. No es de nosotros mismos sino del mundo que hemos de preocuparnos. Es por eso que está escrito: Aléjate del mal y haz el bien; “apártate completamente del mal, no pienses en él, y haz el bien. A la persona que no piensa en ella misma se le dan todas las llaves” (Buber, citado por Gesché, pp. 104-105).

Ahora bien, a pesar de estas consideraciones sobre la esperanza, es necesario considerar el sufrimiento. No quiero en absoluto caer en el pesimismo, sino que quiero, al terminar y comenzar otro año, incluir un tema que resulta inevitable. Sobre todo cuando somos testigos de una predicación que ha sido calificada como “la teología de la prosperidad”. Esta expresión alude a una forma de anunciar el evangelio según la cual la fe cristiana es presentada de forma sesgada, mostrando solo un aspecto. Lo voy a decir de otra manera: solo se toma de la Biblia un aspecto. Es aquel que nos dice el salmo 104: “El vino alegra el corazón del hombre” (Sal 104, 15). Es una forma de ver la vida cristiana que hace de Dios un garante de nuestro éxito profesional; un guardián de nuestra salud; un camino directo al bienestar económico. Esta predicación dice: “méte-te con Dios, acéptalo, y todo irá bien en tu vida”. Yo no digo que eso sea falso. Afirmo que es sesgado. Y se puede constatar —en la vida personal y en la de muchos creyentes— que esa afirmación es peligrosa, no porque sea falsa, sino

porque solo presenta una parte de la verdad. La otra parte de la verdad es lo que nos narra el libro del Job: que muchas veces el justo sufre. Jesús mismo es el inocente que sufre. Dicho de otro modo, en el cristianismo no se olvida una realidad que hace parte de la vida: la cruz. Vale la pena entonces meditar un poco el asunto.

Voy a ser tajante y hasta provocador diciendo lo siguiente: que tenemos que desterrar de nuestra espiritualidad cristiana una idea falsa: que Dios quiere el sufrimiento. Aún más, se nos ha inculcado que el sufrimiento tiene un valor redentor. En realidad el sufrimiento en sí mismo no tiene nada de bueno ni de salvador. No hay que buscar el dolor como si fuera capaz de acercarnos a Dios. Las desviaciones que hacen del cristianismo una vía dolorosa, que hacen de los creyentes los reparadores del mal del mundo, etc., todas esas visiones me parecen imprecisas y han causado mucho daño a nuestra fe. Como si fuera algo gozoso, feliz y suave imitar el suplicio de Cristo en la Cruz. El mismo Jesús no vivió esos acontecimientos sino con angustia y tratando de evitarlos.

Pero lo que acabo de decir nos deja desprovistos frente a un hecho inevitable: el sufrimiento o el mal. Con esa postura que acabo de expresar, los cristianos quedamos sin herramientas para entender o manejar el dolor; para integrarlo, como dice algún teólogo. Porque la visión antigua, que nos invitaba a unimos a la Pasión de Cristo, por lo menos salvaba el sufrimiento dándole un sentido. Decir que el sufrimiento no es querido por Dios no basta para evacuarlo. Y si es también absolutamente cierto que es necesario luchar contra el mal y el sufrimiento puesto que no son buenos, habrá ciertamente algún dolor o maldad que permanecen rebeldes ante todos nuestros combates. Pensemos en los dolores que nos causan aún ciertas enfermedades a pesar del avance de la ciencia. Pensemos en la maldad humana a pesar de la proclamación de los Derechos del Hombre y la redacción y aprobación de nuevas constituciones nacionales.

Ante esto surgen unas preguntas para la fe: ¿qué hacer? ¿Estamos perdidos ante el mal y el sufrimiento? ¿Solo nos queda llorar de rabia y vociferar contra la injusticia? ¿La fe no tendría alguna propuesta ante tal realidad inevitable de la vida? En realidad el sufrimiento hace parte de los relatos bíblicos: ellos hablan del sufrimiento, de la pasión, de la Cruz. Incluso cuando el evangelio nos habla

de Resurrección, nos presenta a un Resucitado que guarda en su “piel” las huellas de los clavos y de la lanza en el costado.

El genio del Apóstol Tomás —el que dijo que no creería si no metía sus dedos en las llagas del Resucitado— su genialidad fue de no querer reconocer al resucitado sino hasta haber visto que había guardado los signos de su sufrimiento. Para que nosotros podamos, delante de ese dolor, comprendernos en nuestro propio sufrimiento; comprendernos delante de un Dios sufriente (Gesché, p. 144).

“Si el cristianismo tiene hoy algo que decir, quizás sería esto: que si el sufrimiento como tal no salva, el debe, sin embargo, ser salvado. Quizás en esto consista la salvación: en salvar el sufrimiento” (Gesché). No dejar el sufrimiento ahí, brutal, insostenible, insoportable, aplastante, insensato.

Hemos instrumentalizado mucho el dolor y el mal diciendo que Dios se servía de él para nuestra salvación. Eso era una perversión teológica. Pero eso no significa que ahora no podamos, cuando aparecen el mal y el sufrimiento, encontrarles un lugar en nuestra fe. Cuando el sufrimiento se resiste a todas nuestras luchas, cuando resulta ineludible. Y lo primero que nos enseña la Palabra de Dios es aprender a no negar el sufrimiento y el mal. Alabarlos y engrandecerlos es un error, pero negarlos es aún peor, y eso es lo que nos tiende a inculcar una cultura del éxito y del bienestar, que ha olvidado —o pretende disfrazar— el sufrimiento.

Lo segundo que nos enseña la fe es a gritar: hemos olvidado el grito en la oración: como el de Job, como el de Jesús en la cruz. Porque el sufrimiento y el mal no son solo una prueba física, afectiva, psicológica, moral sino también la prueba de un absurdo, de un sinsentido. El sufrimiento no se niega: él existe y nos pisotea, nos disloca. Incluso, hoy podemos decir que hay sufrimientos que no cicatrizan. Podemos preguntar a Dios no solo por qué “la platica está tan mal repartida” —cómo canta la tradicional “plegaria vallenata” del folclor costeño colombiano—, sino también podemos preguntar a Dios “por qué está tan mal repartido el sufrimiento”. Podemos decirle a Dios que aparte de nosotros el cáliz; podemos decirle que nos ayude a escapar del cáliz que nos toca. Esa es una forma de *trabajar el sufrimiento* que nos otorga la fe.

Pero ante Cristo Resucitado que también ha guardado las huellas de su Cruz, nosotros podemos decir algo maravilloso: ¡Señor, tú también! Ya no estamos solos en el dolor, que es lo peor que nos puede pasar, más que el dolor mismo. Porque en el sufrimiento y la prueba del mal, la soledad que no encuentra a nadie con quien hablar es lo que vuelve loco de la pena.

El cristianismo tiene esto de particular y de original: que él no propone una salvación de evasión, es decir, que el cristianismo no elude el sufrimiento, como si no existiera. El cristianismo desciende sobre el mismo terreno del dolor y lo toma en cuenta, carga con él. ¿Por qué sufrió el Señor Jesús? Porque la salvación viene a buscarnos allí donde estamos y como estamos, allí donde se encuentra la razón del mal del que hay que salvar. Es allí donde él nos transforma. El cristianismo no elimina el mal sino que lo transfigura, lo transforma. O como lo dice un teólogo: "Dios no nos ha liberado del mal sino de su tiranía" (Gesché).

Jesús, el modelo de nuestra fe, puede instruirnos en el arte de administrar nuestra vida, en el don de manejar nuestra existencia según la voluntad de Dios. Cuando Jesús predicó las bienaventuranzas, parecía que el éxito ante las multitudes reflejaba la instalación serena y fácil del Reino de Dios en el mundo. Pero pronto Jesús tuvo que repensar su misión: no podía eludir la contradicción y la oposición, a menos de perderse en un sueño ilusorio, vano e inútil.

Jesús tuvo entonces que darle un puesto en su vida a esta contradicción que sus adversarios le presentaron rabiosamente. La integra no diciendo que el sufrimiento y la contradicción tienen un sentido en sí mismos, sino que, estando ahí, inevitable, se la puede ubicar en una comprensión más amplia, la cual sí tiene sentido. Jesús no le encontró ningún sentido al sufrimiento ni al mal, sino que los integró en un plan: el del anuncio del Reino. Así les dio una orientación. Entonces, si el sufrimiento no salva, queda salvado al ser integrado en un plan más amplio: el de Dios que quiere mostrar su amor salvador a cada ser humano. Es entonces cuando Jesús dice: Padre, que se haga tu voluntad: esto significa, en el vocabulario bíblico, que todo puede ser acogido por Dios, incluso el sufrimiento, e integrado en su designio salvador:

El sufrimiento puede adquirir un sentido, no por sí mismo, sino por quedar insertado en un plan amoroso de Dios. El sufrimiento que padecemos no queda perdido, (lo malo no es propiamente que el sufrimiento exista sino que sea experimentado como vano, inútil y sinsentido).

El problema no es de saber si el sufrimiento salva, sino saber si el sufrimiento es salvado de su sentido absurdo, de su 'sinsentido'. Es en ese momento en que llega la hora de la ofrenda. Esta no consiste en correr detrás de los sufrimientos; no consiste en buscarlos castigándonos con látigos y penitencias. Consiste en ofrecer aquel sufrimiento que no ha sido buscado, que ha sido combatido, pero que a pesar de esto está ahí. Entonces hacemos nuestra última oración: *Señor, que nuestro sufrimiento sea salvado*. Es un acto puro de fe; porque se hace en la impotencia radical. Pero eso es la fe: acto que nos hace confiar nuestro sufrimiento en las manos de Dios. Dejamos, por la fe, que Dios se ocupe de nosotros, de nuestro dolor. Nosotros no sabemos cómo lo hará, pero creemos en ese momento, sin saber cómo, que el Señor permitirá por su amor que ese sufrimiento sea como una puerta. 'Quizás entonces el Señor nos murmurará un secreto que sólo nosotros entenderemos'. Quizás en ese momento entendamos lo que la Iglesia llama 'la comunión de los santos': porque lo que realmente nos une como humanos es el dolor.

Seguiremos sufriendo, porque somos seres de carne y hueso, seres sensibles. Y ahí reside la profundidad y la riqueza de nuestra humanidad. Y su ternura y su delicadeza, su conmovedora debilidad (Gesché, *Ibíd.*, p. 148).

Porque todo nuestro espíritu depende de nuestra capacidad de sufrir. Y los hombres y mujeres más crueles de la historia son los que han sido desprovistos de toda sensibilidad. Algunos, en el corazón de su sufrimiento, experimentan en un lenguaje incomprensible, que, porque han sufrido, que son ahora capaces, última vocación a la cual Dios nos llama, de compasión y de ternura, en el sentido más noble y profundo de esos términos. Porque "un corazón que conoce el sufrimiento y abre aún el camino a la bondad, he ahí un corazón verdadero" (Gesché, *Ídem*).

Conclusión

Al terminar este año, la gratitud nos brota del corazón y hace brotar de nuestros labios una oración, casi una letanía de gracia por tantos bienes recibidos. Pero la llegada de un nuevo año nos impele a revisar nuestra fe: en primer lugar la imagen de Dios que nos hemos formado. En segundo lugar, la misma fe nos invita a pertrecharnos con las armas del combate espiritual. Hemos subrayado la esperanza, con que nos volvemos invencibles, porque nos anclamos en Dios. Finalmente, esa esperanza cristiana no nos hace ingenuos. Porque la fe cristiana no se parece en nada a la postura del avestruz: no cierra los ojos ante el peligro, ante el mal o el sufrimiento. La fe cristiana nos permite combatirlo, luchar contra él, pero finalmente, cuando el dolor viene inevitable a visitarnos, la fe nos da herramientas para afrontarlo.

Con estas reflexiones podemos terminar este año y acoger el que llega. Definitivamente tenemos en la Palabra una riqueza que podemos profundizar, y que nos alienta para crecer en el año que viene en el conocimiento de Dios, porque en eso consiste la vida eterna: en que compartamos la vida de Dios, en que lleguemos a ser parte de su intimidad. Ese es el mejor conocimiento de Dios.